

ROMANOS 7:17-21, LA LUCHA CONTRA EL PECADO, PARTE II

Introducción

Hablando de la lucha contra el pecado que cada creyente debe afrontar, empezamos a considerar esta sección a la luz de las palabras y experiencias del apóstol Pablo, lo que nosotros podemos de manera personal definir como “mi lucha contra el pecado”. Recordemos lo que nos dice Rom. 7:14-16. Pablo nos lleva a meditar en lo que soy frente a la ley, que no cumplo el estándar, no alcanzo la meta, más bien soy imperfecto, no soy espiritual como lo es la ley de Dios, no soy perfecto como esa ley sino débil (de la carne), vendido como esclavo al pecado como inclinación natural. Esto lo comprueban mis actos frente a la ley, ni yo los apruebo, pero no puedo por eso descartar la ley de Dios, aunque ella me diga que soy un pecador y que está mal lo que hago. Por el contrario, todo esto me demuestra que en verdad la ley es buena. Pero en los versos que siguen, el apóstol continúa presentando su lamento frente a su condición, y hace patente la triste realidad que vive cada creyente, incluso el más experimentado y que ha crecido en la gracia; precisamente este crecimiento le permite ver cuál es en verdad su condición natural, sus inclinaciones naturales, de tal suerte que pueda considerar que en efecto es un gran pecador que necesita a un gran Salvador. Quiera Dios que al meditar en esta realidad de la lucha contra el pecado lleguemos como Pablo a dar gracias a Dios por Jesucristo nuestro Salvador. Quiera Dios que veamos a Cristo como el Gran Salvador que es, que veamos más grande, más gloriosa su cruz, que veamos su sacrificio suficiente para expiar nuestros pecados, y librarnos de nuestra terrible condición. Entonces, para poder luchar contra el pecado, debo tener suma claridad de dos cosas: el pecado mora en mí, y aún tengo una condición caída.

I. El pecado mora en mí

Esto es lo primero que debemos considerar a la luz de nuestro texto de estudio: “*De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí*”. Esta es la conclusión lógica a la que llega el apóstol Pablo de acuerdo a lo expresado en los versículos precedentes, “*El pecado mora en mí*”. ¿Cómo no lamentarse de esto?, ¿cómo no entristecerse por esto?. Desafortunadamente muchos llegan a esta conclusión no desesperando de sí mismos, sino abandonándose por completo al gobierno del pecado. Pero el verdadero creyente, en razón de haber sido liberado del pecado, encuentra esto como una lucha diaria que debe llevar hasta la redención de su cuerpo, cuando sea perfeccionado al estar en la presencia de Cristo al morir o cuando el Señor venga. El creyente entiende que hay una lucha, pero no es el pecado quien gobierna su vida, porque ahora vive en una nueva realidad, sobre él está el Espíritu de Cristo que le asegura la victoria por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Pero la lucha permanece, hay un huésped desagradable que sigue viviendo en la casa del creyente, pero que no se le debe permitir gobernar, y se nos presenta entonces el pecado

A. Como un advenedizo

Como un extraño que quiere usurpar el lugar de gobierno en nuestro ser completo, como un rey que ha sido destronado pero aún se resiste a perder su autoridad. Un comentarista nos insiste que a este advenedizo no se le debe permitir permanecer. Pero no puedo entender estas palabras como si se tratara por completo de un ente externo a mí mismo. No es un demonio (o demonios) que entra a mi ser para hacerme pecar, soy yo mismo con todas mis facultades el que hago lo malo, el que practico el pecado, aun cuando en mi ser interior quiero hacer lo que es agradable a

Dios, pero termino haciendo lo contrario: *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”*. El creyente a medida que va madurando en la fe, que va conociendo mejor al Señor, se da cuenta cada vez más cuanto necesita a Cristo, cuánto necesita su gracia para vivir cada día, para poder ser agradable al Padre Celestial. Solo el creyente puede darse cuenta de que su mal actuar no es resultado de agentes externos, de cosas que otros hagan contra él, sino de lo que de manera natural hay en él. El verdadero creyente deja de echarle la culpa a otros por sus fracasos, y reconoce que es el pecado que mora en él, el verdadero culpable. Al ver esto, a pesar del dolor que trae, hay una nueva realidad que le impide rendirse al pecado para que gobierne su vida; el verdadero creyente sigue luchando contra el pecado, y lo ve

B. Como un fuerte oponente a mi nuevo yo

El creyente es consciente de su nueva realidad en Cristo, sabe que fue muerto y sepultado juntamente con Cristo, y ha sido resucitado para una nueva vida, el creyente ya no se identifica con el pecado como su norma de vida, recordemos lo dicho en Rom. 6:4-6. Por esto el creyente dice, el pecado ahora es un fiero oponente a mi nuevo yo, a mi nueva naturaleza. Aún tengo que luchar con los rastros de corrupción que siguen en mí a causa de mi vieja naturaleza, de mi viejo hombre, de mi viejo yo, aún tengo que luchar contra ese oponente, que si bien está vencido, ha sido crucificado y herido de muerte, aún intenta levantarse y usurpar el lugar de mi nuevo yo. El creyente sabe que en efecto es una nueva criatura, que todas las cosas han sido hechas nuevas en su vida, pero no ignora que mantiene una lucha con esos rastros de corrupción que aún permanecen en él, y por lo tanto aún debe batallar con los malos deseos de su vieja naturaleza, tal como nos exhorta el apóstol Pedro, 1 Pd. 2:11. El que no entiende esto vive peleando con todo el mundo, y encontrando fallas en todos los demás, y haciendo responsable a todos los demás de su enojo, de su comportamiento inadecuado, de sus malas reacciones. Pero como verdaderos creyentes no podemos ignorar hermanos que tenemos un fuerte oponente, que si bien es un advenedizo como nos dice Hendriksen, no es un completo desconocido, ya que se trata de nuestra propia naturaleza pecaminosa. Como creyente debo entender que tengo un fuerte oponente que

C. Es el responsable de mi lamento

El pecado que mora en mí es el responsable de mi lamento (Lm. 3:39). Esta fue la causa del lamento de Pablo, y es la causa de nuestro lamento, de nuestra queja. No fue que otro pecó contra mí, que otro me hizo pecar. No puedo decir “yo nací bueno pero la sociedad me volvió malo”, no puedo alegar: “es que no tuve oportunidades, es que no tuve otra alternativa”. Si hay alguien contra el cual quejarnos, es nuestra propia naturaleza pecaminosa, nuestra propia inclinación pecaminosa. Así que no puedo entender que es responsabilidad de otro mi mal actual, ni las consecuencias de mi mal actuar, es mi responsabilidad, por el pecado que mora en mí, aunque ahora mi nuevo yo no se identifica más con el pecado sino con la santidad, tal como lo expresa el apóstol Pablo al decir: *“De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí”*. No puedo ignorar esta lucha, y no puedo desconocer esta tensión entre mi nuevo yo y el viejo hombre que está crucificado, pero quiere seguir luchando por gobernar mi

vida. No puedo ser tan orgulloso para pensar que ya alcancé la perfección y no tengo más nada que ver con el pecado en mi propia vida, que ya no camino sino que levito. Recordemos el sabio proverbio: *“Antes del quebrantamiento es la soberbia, Y antes de la caída la altivez de espíritu”* (Prv. 16:18).

II. Aún tengo una condición caída

En segundo lugar, para poder enfrentar mi lucha contra el pecado, debe entender que aún tengo una condición caída. Soy nueva criatura en Cristo, claro que sí, pero sigo luchando con mi condición caída. Fui libertado de la culpa del pecado y de sus consecuencias eternas, claro que sí, pero sigo luchando contra las inclinaciones pecaminosas que comparte toda la raza humana caída, recordemos Gl. 5:16-17.

A. En mi carne no mora el bien

Ya nos ha dicho el apóstol: *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”*. El gran apóstol Pablo llegó a esta conclusión, ¿a cuál has llegado tu?, ¿aún crees que el ser humano de manera natural puede hacer algo bueno según Dios?, ¿aún tratas de conocerte a ti mismo y encontrar el bien dentro de ti?, ¿todavía crees la utopía del renacimiento que consideraba que con la razón la humanidad tendría un mundo mejor?, ¿dejaron las guerras mundiales un mundo mejor?, ¿nos está dejando el marxismo cultural un mundo mejor?, ¿nos ha traído la educación secular un mundo mejor?, ¿dar rienda suelta a los deseos sexuales nos deja un mundo mejor?, ¿la falsa ciencia que desconoce a Dios nos trajo un mundo mejor, qué pasa con el COVID?, ¿qué pasa con nuestros gobernantes que no reaccionan, que no buscan realmente el bien de la nación sino su propio beneficio?. Todas estas cosas son evidencia que de manera natural en ningún ser humano habita el bien como rector de toda la vida humana. El creyente, a pesar de tener una nueva condición, y una nueva esperanza, sabe que de manera natural no mora el bien. Si hay algo bueno en él, es solamente por medio de Cristo, por su Espíritu que fue derramado en su corazón, luego el mérito por completo es de Dios que ahora coloca tanto el querer como el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:13).

B. En mi carne no logro el bien que quiero

Veamos otra vez, versos 19-20: *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”*. Debemos aclarar aquí que solamente el cristiano puede desear hacer el bien, y esto fruto de la regeneración que Dios le ha dado, de la nueva vida que ha recibido del Señor. Solamente el que ha recibido el Espíritu de Dios, puede desear de todo corazón agradar a su Señor y Salvador, porque sabe que su llamado es a llevar fruto para Dios, ya no fruto para muerte, Rom. 7:4-5. Pero es el mismo creyente renovado, regenerado por el Espíritu, el que encuentra una dura lucha en su ser interior, entre el deseo de agradar a Dios, y su logro real en sus fuerzas. Oramos al Señor (y debemos seguir haciéndolo) *“hágase tu voluntad”*, pero ¿cuántas veces queremos hacer la nuestra?, ¿cuántas veces terminamos desobedeciendo esa voluntad por la que hemos pedido?, ¿será que seguimos amando el pecado?, ¿será que nos estamos abandonando al pecado?, ¿o a pesar de nuestro consciente esfuerzo en la gracia, entendemos que no logramos tal obediencia perfecta, y que incluso nuestros mejores logros están salpicados por el pecado?. Tal vez muchos de nosotros iniciamos el día en oración adorando a Dios y pidiendo hacer su voluntad y no ser metidos en tentación sino librados del mal, pero al finalizar el día y evaluar nuestros pensamientos, palabras y

acciones, ¿podemos decir que fueron completamente agradables al Señor?, ¿ya no nos falta crecer en su gracia y conocimiento?, ¿no nos hace falta seguir progresando en ese camino de perfección?, ¿por qué razón aún no lo alcanzamos?

C. El mal está a mano

Pablo dice: *“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”*. Pablo no dice que está endemoniado, ni que está entregado a la práctica del pecado. Sino que hay de manera natural un principio o patrón de conducta inclinado a lo malo. Podemos parafrasear así: *“Cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro con mi oponente, enseguida está el mal en mí tratando de impedir que haga lo bueno”*. ¿Alguna vez se ha dispuesto a orar y disfrutar de la presencia del Señor, pero le da fatiga, le da sueño, o se acuerda de algo sumamente importante que tiene que hacer?, ¿tal vez ha querido escudriñar más la escritura y dedicarle más tiempo, porque sabe que la palabra es lámpara a sus pies, y más dulce que la miel, y que hace sabio al sencillo, que es Dios mismo hablándole, pero termina ocupándose en otra cosa?. Alguien le ofende, y está dispuesto a perdonar porque quiere agradar a Cristo, quien le perdonó todos los pecados, pero ¿considera lo terrible que fue la ofensa cometida contra usted y que no es fácil perdonar?; ¿hace el ejercicio consciente de pensar en aquello que es honesto, de buen nombre, puro, que glorifica a Dios, pero lucha incluso con pensamientos contrarios?. Pablo decía, *“queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”*, este es su lamento, y también el tuyo y el mío. Se acerca el verso 25 que nos dirá cuál es nuestra única esperanza, por ahora consideremos, es dura esta lucha, es difícil esta situación, no podemos mirar dentro de nosotros mismos para ayuda, solo podemos mirar a Cristo, quien vino a deshacer las obras del mal y darnos nueva vida.

Conclusión

No podemos ser orgullosos hermanos ante nuestro progreso espiritual, ante nuestro conocimiento del Señor, sino que este conocimiento, este progreso nos hace ver cuán necesitados somos de Cristo cada día, cuánto nos hace falta para llegar a esa perfección, pero cuán segura es esta porque el que comenzó la buena obra en nosotros es fiel para perfeccionarla hasta el día en que Cristo venga. Los hermanos en Roma a los cuales Pablo escribía debían aprender de él, a reconocer su necesidad constante de Cristo, a no quitar nunca su mirada de Cristo, a no confiar en ellos mismos, ya que de manera natural lo único que tenían era la inclinación al mal, al pecado, incluso siendo ya creyentes, siendo regenerados. Ellos debían entender que aún conservaban una condición caída, que sus logros no eran perfectos, y no lo serían en esta vida, luego debían seguir viviendo de fe en fe, confiando en el Señor, en su obra en ellos, en el poder del Espíritu de Cristo en ellos para transformarles cada día a la imagen de su Señor. Ellos tendrían que aprender que Dios seguía obrando en cada uno de ellos, y era su responsabilidad la paciencia mutua entre ellos para crecer juntos, para mantener la unidad del cuerpo de Cristo que como comunidad local ellos expresaban. Creo que para nosotros hoy día también aplica la misma exhortación, la misma enseñanza, yo tengo una lucha contra el pecado, pero también mis hermanos tienen su propia lucha, debemos ser pacientes unos con otros, y rogar fervientemente al Señor nos ayude a todos, para que, en humilde dependencia del Señor, experimentemos cada vez más la victoria de Cristo en nosotros como nuestra victoria. Oremos.